

# La nueva evangelización en el mundo de la ciencia

Miguel García Echevarría

Estudiante de doctorado en física teórica. Universidad Complutense (Madrid)

La tarea de los científicos es intentar destripar los fenómenos naturales y hallar las leyes que rigen el cosmos, y por tanto estamos continuamente enfrentándonos a la limitación de la razón para completar el puzzle de la realidad, es decir, a la trascendencia. En estas líneas esbozo mi visión particular sobre cómo los científicos nos situamos ante la realidad y en qué manera nuestra relación con la creación, si existe un diálogo sano y actualizado entre razón y fe, nos abre las puertas hacia Dios.

## La belleza de una flor (el científico ante la realidad)

Richard P. Feynman, Premio Nobel de Física en 1965 y personaje singular y polifacético que popularizó la física con su carácter extrovertido, contaba que un amigo artista, tomando una flor, le decía que reducía su belleza al analizarla desde su óptica de científico. Pero Feyn-

man le rebatía diciendo que, aunque no tuviera un sentido estético tan refinado como él, claro que era capaz de contemplar su belleza. Y, al mismo tiempo, podía maravillarse también de la belleza de su estructura interna, de los procesos subatómicos, del origen microscópico del color, o del hecho de que las abejas pudieran percibirlo... En definitiva, no sólo apreciaba su belleza estética, sino que además podía acceder a la belleza desde otros ángulos. Y es que las ecuaciones que manejamos los científicos son bellas y están envueltas de una gran armonía y simetría; y nuestro acercamiento a la realidad está lleno de emociones.

¿Y por qué comienzo con esta historia? Porque querría dar primero un par de pinceladas sobre cómo nos situamos los científicos ante la realidad, qué parámetros utilizamos, antes de ocuparme de cómo Dios irrumpe en ella (para los creyentes, claro) y qué papel juega en

nuestra relación con la creación y la sociedad.

Toda disciplina tiene su propio lenguaje, sus matices, y termina moldeando de una u otra forma a las personas que trabajan en ella. Las gafas con las que un médico, un pianista, un juez o un filósofo miran la realidad no son las mismas, los detalles que cobran importancia y los que pasan desapercibidos dependen mucho del cristal. Y los científicos también tenemos una manera muy particular de acercarnos a la realidad. Las ciencias intentan entender por qué y cómo ocurren los acontecimientos, construir modelos y ser capaces de predecir con exactitud lo que va a ocurrir bajo estas o aquellas condiciones. Así, la búsqueda de patrones, el desechar los detalles para quedarse con la raíz de las cuestiones, el conectar ideas en diferentes planos y el lenguaje cuadriculado («matematizado»), son algunas de las características que configuran nuestra relación con el entorno. Y a su vez, dentro de las ciencias, podemos encontrar aún más diferencias según el ámbito de la realidad que es objeto de su estudio, que en mi caso es la física. Así pues, todo lo que contaré de aquí en adelante será con las gafas de un físico.

La física es quizá la disciplina que está más en contacto con la fronte-

ra entre lo material y lo trascendente, con esas dos caras de la misma realidad, ya sea en el mundo cuántico de las partículas elementales y sus propiedades esotéricas, como en el del inabarcable cosmos y sus objetos de ciencia ficción. Sumergirse en los misterios más profundos de la creación es una experiencia abrumadora. Saber que el sol terminará engullendo la tierra, que las galaxias se separan unas de otras inexorablemente y que el universo está condenado a enfriarse eternamente, es escalofriante. Darle vueltas al origen del cosmos, de la materia, desterrar la idea de tiempo y espacio absolutos, saber que el azar es una propiedad cuántica inherente a la realidad y que ha jugado un papel preponderante en la aparición de la especie humana, es una tremenda cura de humildad. Ser consciente de que el libre albedrío es simplemente una propiedad emergente de un sistema caótico como es el cerebro y que probablemente la especie humana no es el estado superior de la evolución, y que además podría haber en otras galaxias, o incluso otros universos, formas inteligentes, da mucha perspectiva. Y cuando digo saber me refiero a conocer las ecuaciones y datos empíricos que están detrás de estas cuestiones, con lo que uno agota, hasta el límite del conocimiento actual, que eviden-

temente es limitado, la aproximación a la realidad por la cara material. De hecho, es ése nuestro objetivo, acercarnos desde la ciencia y lo máximo posible a la frontera con lo trascendente, un lugar muy poco confortable y, a la vez, apasionante.

### **Principio y Fundamento (el científico ante Dios)**

De niño, uno siente verdadera fascinación por el orden natural y el hecho de que pueda encerrar dentro de ecuaciones un pedacito de la realidad. Es una profunda experiencia la de adentrarse en los entresijos de la naturaleza y empezar a desvelarlos. Pero llega un momento en el que uno se topa con la pura realidad, y es que hay aspectos de ella que escapan completamente a la razón. Y es entonces, situado a las puertas de esa frontera, cuando se abre un camino hacia Dios que sólo algunos, los creyentes, recorreremos. Camino que a mí me recuerda mucho al Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor [...]» (EE.EE. 23). Estas palabras representan el núcleo de la experiencia mística de un científico, cómo su relación con la creación le lleva a Dios y Éste le devuelve a ella.

Como contaba al principio, uno es tremendamente consciente de la insignificancia de la especie humana en el vasto cosmos. Pero esta abrumadora experiencia, cuando uno toca fondo, da un giro radical y se torna en alabanza, y uno entonces siente que al acercarse a los misterios de la naturaleza está pisando tierra sagrada. Ya no hay temor, ya no hay limitación, se abre un horizonte nuevo que da sentido a todo. Dios está detrás de cada átomo y cada átomo habla de Dios. Su amor ahora inunda toda la creación, y la otra cara de la moneda a la que antes no era posible acceder aparece, completando la realidad. Alabanza y reverencia van de la mano, una mezcla de admiración y humildad que le hacen a uno postrarse ante la creación en su conjunto y dar gracias a Dios, que nos devuelve la pelota ya en el espacio y tiempo concretos a los que pertenecemos. Es aquí y ahora donde nos toca dar respuesta, donde alabanza y reverencia se convierten en acción y servicio.

### **Diálogo entre razón y fe y la nueva evangelización**

El estar abiertos a la trascendencia no es algo exclusivo de los científicos, sino de toda persona humana. Pero quizá sí es cierto

que en el ámbito de la ciencia esta cuestión es de alguna forma transversal y se hace más explícita, porque nuestra labor nos hace estar continuamente expuestos a aquello que va más allá de lo que podemos explicar, a aquello que nunca podremos modelar ni reducir en términos de ecuaciones. Es por esto que, en general, y según mi experiencia personal, en el mundo de la ciencia hay un gran respeto entre creyentes y no creyentes. Es cierto que hay posturas intransigentes y muy polarizadas, pero lo habitual es tolerar amigablemente las creencias del prójimo, pues todos nos sentimos cerca de esa frontera con lo trascendente.

Pero para que esa experiencia de enfrentarnos a la trascendencia dé un paso más y nos hable del Dios de Jesús, y para que los científicos creyentes podamos comunicar el Evangelio en nuestro entorno, es fundamental que haya un rico diálogo entre razón y fe, «[...] con la convicción de que la fe tiene recursos suficientes para acoger los frutos de una sana razón abierta a la trascendencia y tiene, al mismo tiempo, la fuerza de sanar los límites y las contradicciones en las que la razón puede caer»<sup>1</sup>. Es impor-

tante poder incorporar las nuevas teorías y hallazgos científicos a la teología moderna y al lenguaje que utilizamos los cristianos para transmitir el Evangelio. Necesitamos de una fe razonada y de una ciencia abierta a la trascendencia. Es evidente que los cambios de paradigma que se dieron, por ejemplo, al pasar de la concepción geocéntrica (Ptolomeo) a la heliocéntrica (Copérnico, Galileo), o del tiempo absoluto (Newton) al relativo (Einstein), afectaron de manera profunda a nuestro planteamiento filosófico y teológico de la propia realidad. Por tanto, ambas disciplinas, que desde ámbitos diferentes se aproximan a la misma realidad, necesitan ir de la mano, interpelarse y alimentarse. No cabe que un avance científico en nuestra comprensión del cosmos no tenga ningún reflejo sobre la teología, no cabe que nuestros intentos de articular y aproximarnos a la trascendencia sean ajenos al continuo avance del conocimiento científico. Si se dan pasos en una disciplina, es vital incorporarlos en la otra y avanzar así equilibradamente con las dos hacia una mejor comprensión de la creación. El poder comunicar hoy en día la experiencia del amor de Dios en el mundo de la ciencia, e incluso en la sociedad en general, pasa inevitablemente por ser capaces de conciliar razón y fe. ■

---

<sup>1</sup> XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, 7-28 de octubre de 2012. Mensaje al pueblo de Dios.